

la otra cara de la luna



La referencia al silencio que el Papa ha presentado firmemente en su mensaje para la 46ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales, hace reflexionar a quien cada día se dedica a los diversos medios de comunicación social. La invitación del Pontífice no se refiere a un silencio vacío, hecho de ocio o de nada, sino a un tiempo intenso, constructivo, denso, capaz de escucha. «Del silencio deriva una comunicación más exigente», dice Benedicto XVI, que se puede realizar no detrás de la manía del aparecer, sino gracias a un corazón atento a las personas que se tiene delante. Las palabras pueden ser como piedras. Pueden ser peores que las piedras, porque las piedras caen, mientras que las palabras quedan grabadas en el tiempo. Detrás de cada información, incluso la más trivial, hay siempre una persona, con su vida, sus historias, sus dramas, sus alegrías y sus dolores. Nunca debemos olvidarlo. Por esto antes de escribir o de hablar se debería reflexionar, pensar, razonar, meditar y recordar que cada hombre es imagen de Dios.

En el Tam Tam apremiante en el que estamos inmersos, nos preocupa el frenesí de aparecer, de ser el primero. La avalancha comunicativa corre el riesgo de anegarnos y de abrumar las mentes y los corazones. Creemos que tenemos a nuestra disposición el mundo entero, convencidos como estamos de saber todo y de haber revelado todos los misterios. Olvidamos los deseos más íntimos del hombre, sus sentimientos más profundos. Descuidamos el anhelo de felicidad inscrito en quien está ante nosotros t quizás, incluso nuestros interlocutores advierten estas preguntas últimas, ensordecidas por los miles de mensajes que en cada instante llegan a ellos. Nunca hay lugar para un descanso, para un momento de pausa en la vertiginosa navegación que a menudo nos conduce fuera del camino.

El Papa advierte la necesidad de un «ecosistema que sepa equilibrar silencio, palabra, imagen y sonido». El hombre advierte la necesidad de un retorno a lo esencial, a lo que tiene valor en sí, a un mejor conocimiento de sí mismo y de los demás. Nosotros, comunicadores, tenemos en nuestras manos una gran responsabilidad: hacer emerger la realidad toda entera, también aquella parte que con mucha frecuencia no encuentra espacio en los grandes mass media, todos tratando de hablarse entre sí y de hacer resonar las mismas pocas noticias.

La historia del territorio podría constituir la otra cara de la luna. Gracias al silencio podemos ponernos en escucha de los que viven junto a nosotros y contar las historias de esperanza de aquellos escuadrones de “santos de la vida cotidiana” tan queridas por Juan Pablo II. Un compromiso que es un programa de trabajo y de vida.